

En segundo lugar, cuando se habia visto obligado á permanecer algun tiempo fuera de su celda, ya por causa de la siega, ya para ir á ver á alguno de los ancianos del desierto, tenia costumbre de vacar más de lo ordinario á la oracion y al canto de los salmos, hasta tanto que sentia que habia vuelto á adquirir aquel recogimiento de que gozaba en su celda, y que las imágenes de lo que habia visto ú oido se hubiesen disipado de su espíritu. Sucedió que algunos hermanos entablaron disputa en la iglesia de Sceté. Juan se encontraba allí, y al instante, segun su costumbre, salió y se retiró á su celda; pero apercibiéronse de que antes de entrar en ella dió tres vueltas en torno suyo. Preguntáronle la causa de esto y respondió que como sus oidos estaban llenos de las enfadosas palabras que habia vido, les habia querido dar tiempo de purificarse de ellas, á fin de entrar en su celda con un espíritu tranquilo.

En tercer lugar, procuraba tener siempre su espíritu levantado á Dios, y no permitia que se detuviese en reflexionar sobre las cosas de este mundo; y llegó insensiblemente á un desapego tan grande, que algunas veces no hacia atencion á sus obras exteriores, ó á lo que se pasaba en torno suyo. ¡ Tanto era lo que estaba interiormente en Dios! En una de estas abstracciones, habiendo un dia hecho esteras para dos cestas, púsolas todas en una sola, y no se apercibió de ello hasta que casi la hubo acabado.

Entre los medios que proponia para combatir las pasiones y tentaciones, recomendaba que no las escuchasen, sino que se recogiesen dentro de sí mismos, y se animasen á combatir por la consideracion de la gloria celestial, y sobre todo que recurriesen sin cesar á Jesucristo con la oracion. Él mismo procuraba practicarla, y decia que era como un hombre sentado al pié de un gran árbol que hallándose atacado por diferentes bestias y sintiendo que seria devorado de ellas, sube al árbol y se pone en seguridad.

Así, decia él, yo estoy sentado en mi celda, y en ella velo por mí para librarme de los lazos del demonio; pero cuando me siento demasiado débil, recurro á Dios y me salvo del enemigo con la oracion.

Recomendaba tambien mucho que guardasen el retiro, que vigilasen sobre sí mismos y se conservasen en el recuerdo de Dios, y decia que esta práctica era la seguridad del monje.

San Nilo refiere tambien de él que cuando oraba, el demonio, para distraerle, tomó la forma de una serpiente, se enroscó en torno suyo y le vomitó sobre el rostro su espuma; pero que este prestigio no le separó un momento de su conversacion con Dios.

Estos ejemplos de este gran contemplativo no deben ser tomados tan á la letra que quiera uno valerse de su autoridad para librarse de los deberes exteriores so pretexto de estar unido á Dios. Puede observarse en esto que tales casos eran raros en él, que solo se trataba de simples ocupaciones que no tenian relacion con los deberes de estado ó de obediencia; pues seria una ilusion si alguno en la religion ó en algun otro estado, so pretexto de pensar en Dios, cumpliese mal las obras exteriores á las cuales tiene obligacion de dedicarse.

Su amor de Dios hacia que algunas veces hablaba de él con un fervor que podria llamarse inagotable (Cot. p.478.). Habiéndole ido á ver un solitario hácia el caer de la tarde, no pensaba quedarse con él mucho tiempo puesto que llevaba prisa; pero á medida que hubieron entrado en conferencia sobre las cosas de Dios, Juan habló con tanto celo que pasaron toda la noche en esta conversacion sin apercibirse de ello. Como él quiso acompañarle fuera de su celda cuando se hizo de dia, detuviéronse tambien á hablar de Dios, y el discurso duró hasta mediodía; de suerte que se vió obligado á volverselo á su celda

para darle de comer, despues de lo cual le despidió.

Es ya tiempo de hablar de su caridad, que brilló maravillosamente por sus actos y por los santos consejos que estaba siempre dispuesto á dar á sus hermanos, sin que jamás se disgustase del frecuente recurso que á él tenian. Vióse esto sobre todo en una ocasion en la que estaba en peligro de perecer por la falta de un hermano.

Vióse obligádo á ir con algunos solitarios de Sceté á un lugar algo apartado, y esto era durante la noche. Uno de ellos, que se habia encargado de servirles de guia, se extravio y hasta les puso en peligro de la vida, si hubiesen continuado en seguirle. Dijosele esto al Santo en voz baja; y él respondió que no habia que demostrarlo, no fuese que el guia tuviese por esto demasiado pesar y confusion; pero que solo tenian que decir que querian pararse, y pasar el resto de la noche en el punto en que se hallaban para descansar un poco, lo cual hicieron. Asi que habiéndose hecho de dia emprendieron el buen camino y ahorraron al que les guiaba la vergüenza de ver que se habian apercibido de su falta.

Un buen viejo muy sencillo, aunque por otra parte bastante exacto en los trabajos del cuerpo, tenia el defecto de no retener nada de las instrucciones que los demás le daban en las prácticas espirituales. Vino pues á él y le suplicó que le diese algun consejo á fin de corregirse de él. Dióselos caritativamente; pero apenas este viejo hubo vuelto á su celda, cuando olvidó todo cuanto le habia dicho. Volvió á él todavia muchas veces, pero siempre sin fruto como la primera. Por último, habiéndole encontrado algun tiempo despues, le dijo: « Padre mio, yo he olvidado de nuevo lo que tuvisteis la caridad de decirme, y no me he atrevido á importaros más. » Juan el Nain le dijo: « Encended una lámpara, » lo cual él hizo. « Traed tambien, añadió, otras lámparas y encendedlas con ella; » é hí-

zolo tambien. « ¿ Veis, le dijo despues de esto, que la claridad de esta primera lámpara se haya disminuido por haber servido para encender las demás? » « No, » respondió el viejo. « Pues bien, prosiguió el Santo, Juan no padeceria ninguna pena aun cuando todos los solitarios de Sceté viniesen á él, y nada le impedirá el cumplir con este deber de caridad, como Dios le obliga. Podeis, pues, venir sin reparo, todas las veces que os plazca. Dios bendice la paciencia de uno y otro. » No causándose el buen viejo de pedir instruccion y el santo de dársela, el primero tuvo por último la dicha de retener los buenos consejos que del otro recibió.

La conversion de una jóven que habia tenido la desgracia de abandonar el buen camino, fué uno de los frutos de su caridad. Su historia es edificante y muy á propósito para inspirar á los más grandes pecadores confianza en la misericordia del Señor, cuando vuelven sinceramente á él. Esta jóven se llamaba Paesia. Siendo de corta edad, habia perdido á su padre y á su madre; y queriendo emplear sus bienes en obras buenas, habia hecho de su casa una hospederia para los solitarios de Sceté, que probablemente iban á aquellos pueblos para vender en ellos trabajos de los hermanos. Pero como ella creyese que esta caridad le era demasiado dispendiosa, no haciendo atencion al tesoro que con ella se preparaba en el cielo, se disgustó de la misma, y no faltaron quienes la confirmaran en este cambio. Pronto anduvieron más allá con sus malos consejos; apartáronla enteramente de la virtud, y por último se abandonó ella á una conducta culpable.

Los solitarios de Sceté supieron su caida con gran dolor; y emplearon todos los medios que su caridad les inspiró para hacerla volver á una vida cristiana. Por último, se dirigieron á Juan el Nain, y le rogaron que fuese á verla para procurar, con el don de discrecion que Dios le habia co-

municado, volverla á Jesucristo. Qué allá; pero apenas se hubo presentado á la puerta, sus servidores le negaron la entrada, echándole en cara con insultos que los solitarios habian arruinado á su señora. Él sin embargo no se desalentó; sino que persistió en rogar que se le permitiese hablarle, y que ella no tendría por esto ningun motivo de arrepentirse. Entonces le introdujeron en su cuarto. Sentóse junto á ella y le preguntó si tenia que quejarse de Jesucristo, ya que así le habia abandonado. Estas primeras palabras la movieron, é impresionaron vivamente su corazon. El Santo, dejando obrar la gracia, calló por algunos momentos y derramó muchas lágrimas. Ella le preguntó porqué lloraba. « ¡ Ay! le respondió ¿ cómo no he de llorar, viendo de qué manera el demonio os ha engañado y se burla de vos? Al oír estas palabras, la jóven sobrecogida de espanto y horror por su pecado, le dijo: « Padre mio hay todavia penitencia para mí? » — « Si, dijo el Santo, yo os lo aseguro. » — « Llevadme, pues, á donde os parezca bien para hacerla », le replicó ella. Al instante el Santo se levantó y ella le siguió sin dar ninguna disposicion en su casa, y sin ni siquiera decir á nadie palabra alguna; lo cual advirtió el Santo con gran consuelo, reconociendo por ahí que ella estaba totalmente ocupada por los sentimientos de su conversion, y que todo lo abandonaba para entregarse enteramente á las prácticas de la penitencia.

No se sabe á dónde tenia intencion de llevarla, pero probablemente seria á algun monasterio de mugeres. Pero cuando hubieron entrado en el desierto, como se acercase la noche, Juan hizo un monton de arena como una almohada, en el cual hizo la señal de la cruz, y dijo á Paesia que se acostase en él. Él se fué en seguida más lejos para dormir tambien, despues de haber hecho la oracion. Pero habiéndose despertado á media noche, vió un rayo de luz que bajaba del cielo sobre Paesia y que servia como de camino

á muchos ángeles que llevaban al cielo su alma. Con la sorpresa de esta vision, levantóse al instante, fuése hacia la jóven á la que tocó con el pié para ver si estaba muerta, y halló efectivamente que habia entregado su alma á Dios. Al mismo tiempo oyó una voz milagrosa que le dijo: « Su penitencia de una hora ha sido más agradable á Dios que la que otros hacen durante largo tiempo, porque no la hacen con tanto fervor como ella. »

Con este mismo espíritu de caridad recibia algunas veces los servicios de los otros, ya á fin de que tuviesen su recompensa delante de Dios, ya para no contristarles con una negativa. En una asamblea de solitarios de Sceté, en la que se hallaba con ellos á la mesa, un sacerdote de muy buena estatura, que era de la compañía, se levantó para presentar agua; pero por respeto á su carácter, todos rehusaron recibir el agua de su mano, excepto Juan. Dijéronle despues: ¿ « Cómo vos, que sois el más pequeño de todos, habeis permitido ser servido por un hombre tan grande, y que es sacerdote? » — « Cuando yo presto este servicio á los otros, dijo él, estoy muy contento de que todos me lo reciban, á fin de tener mi recompensa delante de Dios. Yo he aceptado tambien el de este sacerdote á fin de que tenga la misma recompensa, y para impedir que se entristeciese si todos hubiesen rehusado su buen oficio. »

He ahí algunos de los consejos que daba á los que iban á consultarle, y que podemos mirar como su doctrina espiritual. No queria que nadie guardase la tentacion en su corazon sin manifestarla á los superiores, y el abad Pemen referia de él esta hermosa sentencia: « Los que no quieren descubrir sus pensamientos á los ancianos, son los que más alegran al enemigo de su alma. » Procuraba animar á los otros con el recuerdo del fervor de los que les habian precedido en el desierto, y á este propósito les contaba que estando un solitario arrobado en éxtasis (y quizás era él

mismo), Dios le había hecho ver á tres solitarios en la orilla del mar, á los cuales una voz decia desde la otra orilla : « Tomad alas de fuego y venid á mí. » Hubo dos, añadía, que las tomaron y atravesaron el mar con rápido vuelo ; pero el tercero se quedó sin alas, y no hizo más que gritar y llorar. Diéronsele finalmente alas, pero eran pequeñas y débiles y no eran de fuego como las de los otros dos. Voló sin embargo ; pero tan pronto caía en el mar como se levantaba de nuevo, hasta que llegó por último á la otra orilla con mucha pena y fatiga. De ahí concluyó que los primeros representaban á los solitarios que les habían precedido, y que este último era la imagen de los de su tiempo ; queriendo con esto dar á entender que habían degenerado del fervor de los que primero habían habitado aquel desierto.

Recomendaba la caridad para con el prójimo como una virtud fundamental para la salvacion ; y á este propósito decia que asi como era imposible edificar una casa de arriba á bajo, y que había que comenzarla por el fundamento, asi era necesario fundarse bien en la caridad para con el prójimo, porque á esto se dirigen los mandamientos de Jesucristo.

Condenaba grandemente á los que gustan de revelar las faltas de los demás, en vez de pensar en corregirse á sí mismos. Comparábalos á una persona que estando despojada de todos sus vestidos, sin vergüenza de su desnudez, despreciase á otra porque estuviese cubierta de andrajos. Decia tambien á este mismo propósito que esto era dejar una ligera carga para tomar otra más pesada, cuando en lugar de reprenderse á sí mismo, se atrevia uno á justificarse y condenar á los otros.

Un solitario fué á consultarle sobre qué otro le rogaba con frecuencia que fuese á ayudarle en su trabajo, diciendo que por una parte temia faltar á la caridad, negándosele, y por otra, experimentaba que le faltaban las fuerzas y que

sucumbia á la fatiga. Juan le respondió que hacia bien en ir, si podia decir como Caleb que entraba y salia en el mismo estado ; pero que si no era así, se ocupase en su celda en llorar sus pecados, y que cuando le viesen llorar de esta manera, no le instarian más á salir de ella.

Pronto veremos en la Vida de San Arsenio su discípulo, que aun cuando sobresalió en suavidad, algunas veces ponía en duras pruebas, por un espíritu de discrecion, á los que venian á alistarse bajo su conducta, ya para discernir bien los espíritus, ya para hacerles andar por los caminos de la santa renunciacion, y hacerles seguir el atractivo de su gracia.

No sabemos cómo murió ni en qué tiempo. La santidad de su vida nos da à comprender fácilmente que su fin fué igualmente santo. Tambien los Coptos honran su memoria el 17 de octubre. En cuanto al tiempo de su muerte, es opinión constante que tuvo lugar antes de la de San Pemen, quien citaba algunas veces su autoridad. Tambien acaeció antes de la de San Arsenio, que murió muy entrado en años. No fué sin embargo del número de los primeros habitantes de Sceté, puesto que él citaba sus ejemplos como de quienes le habían precedido en aquella soledad.

SAN ARSENIÓ ¹

¿ Qué podemos nosotros decir á gloria de San Arsenio que no sea inferior á su mérito ? Su virtud fué tan eminentemente que le igualó en alguna manera á los ángeles, y que

¹ Teodoro Studita, *Vitæ Patrum*, etc., el monge Cirilo, San Juan Climaco, Cotelier.